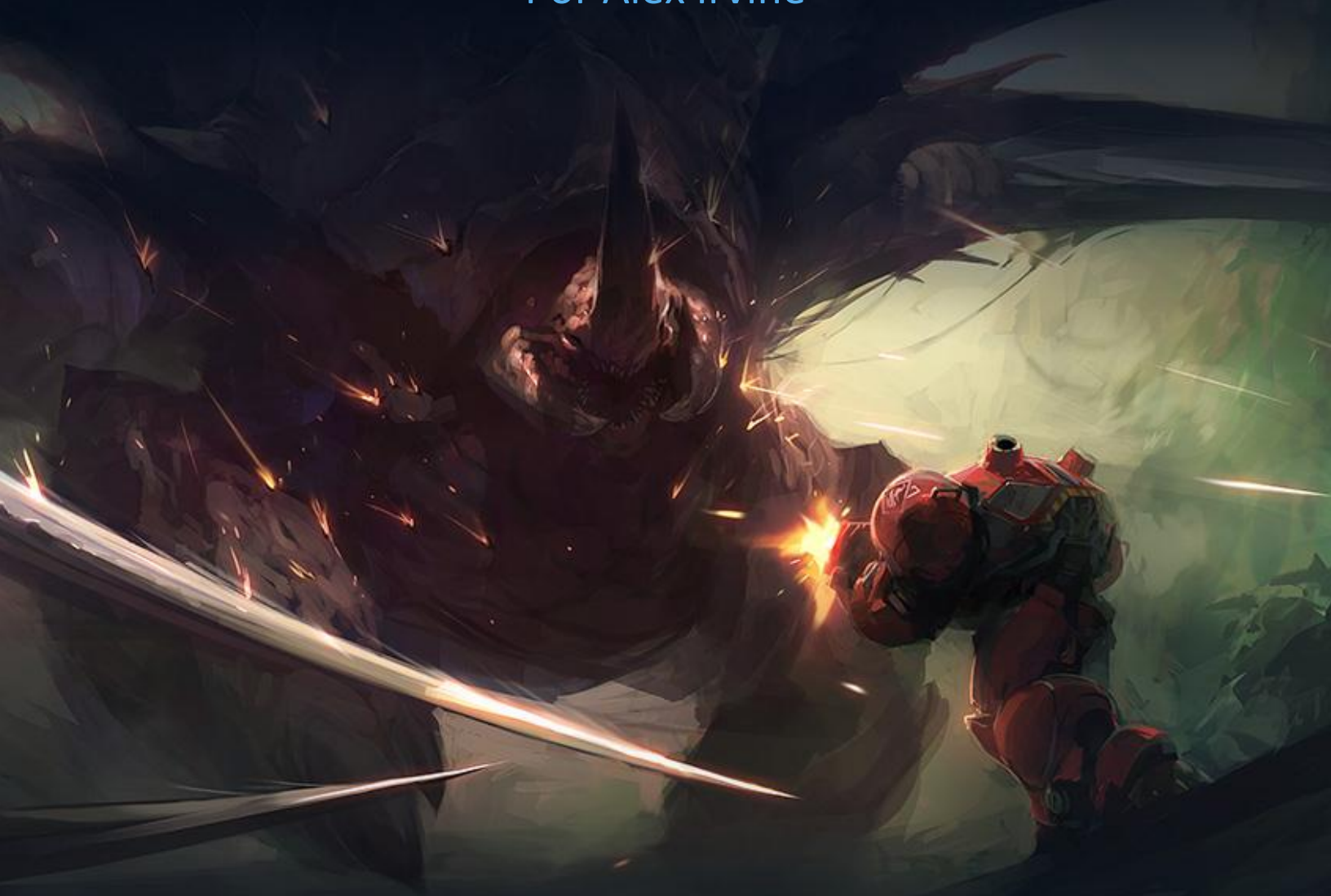


STARCRRAFT
HEART OF THE SWARM

El Colosal

Por Alex Irvine



Paciente: Sargento Norwood Doakes de Antorcha Siete. Eso es el 7^{mo} pelotón de la 4^{ta} división de marines. Estamos a bordo del crucero de batalla Scion, en órbita de estacionamiento alrededor del planeta Vygoire. Esto es un informe general y un parte médico. La versión resumida: Doakes está en malas condiciones.

¿Qué tan malas?

Tan malas que tal vez tengamos que matarlo para obtener lo que necesitamos.

Tratemos de evitarlo. Pero, de ser necesario...

Correcto. Sigamos con el informe. Voy a darle una inyección. Lo despabilará el tiempo necesario para poder averiguar lo que pasó. Aquí vamos. Con eso bastará. Por ahora.

* * *

Caímos en Vygoire como si supiéramos a lo que nos enfrentaríamos: salimos de las naves de inserción al pie de la letra, las botas al suelo de a pares cada un segundo, al estilo Antorcha Siete. El terreno era selva, selva y más selva, con algún que otro claro o algún lodazal de meandro. Hicimos formación en uno de esos lodazales y recibimos los últimos mapas y pronósticos del clima directo del *Scion*. Todo perfecto. El complejo de laboratorios estaba a medio kilómetro atravesando la selva en dirección opuesta al río. "Denos la lección, sargento", me dijo uno de mis muchachos pasándose de listo.

Creo que soy el único hombre del pelotón que no tiene el cerebro frito. Los muchachos me lo echan en cara todo el tiempo, como si me hubiese metido en los marines para ver cómo vive la escoria. Una vez, estábamos en Mar Sara y empecé a hablar de historia, para pasar el tiempo. El batallón decidió empezar a llamarme "profesor" por haber leído algo además de los manuales de las armas. Pero a veces se comportan como niños. Cuéntenos esto, cuéntenos aquello, qué es esto, de dónde viene eso.

En realidad, no me molesta. Siempre que me escuchen cuando les doy órdenes... Y me escuchan. Son veintisiete y yo uno solo pero hasta el último hombre de Antorcha Siete sabe quién manda. El Sargento Doakes es el que manda, ¡carajo! y bien que lo saben.

No tenía ninguna lección para darles sobre Vygoire. Todo lo que sabía era lo que decía el informe que nos habían dado a todos. Remoto, descubierto recientemente, arrasado por el enjambre hacía tres años. Despejado dos años después. Actualmente, tiene emplazada una única instalación científica, con un personal de alrededor de cien personas. Ubicación de interés debido a que dicho laboratorio no respondió a las comunicaciones de rutina durante seis meses.

Teníamos imágenes orbitales del planeta que no mostraban rastro alguno de talo. Las cámaras satelitales también tomaron fotos más cercanas del complejo en las que se veían ciertos daños, pero parecía que habían sido causados por algún fenómeno natural. El laboratorio se encontraba en la base de una colina y la pendiente cercana a las edificaciones dañadas tenía una cicatriz grande en la vegetación. Parecía un alud y nos quedamos con esa teoría.

De cerca, no había razón para pensar otra cosa. Contra las paredes en ruinas de las edificaciones dañadas, había rocas y lodo de la colina además de troncos de árboles. Todo estaba revuelto. Llovía a cántaros. No había que ser un genio para adivinar que los aludes eran bastante comunes en las áreas selváticas de Vygoire.

El complejo de laboratorios tenía cinco edificaciones con, por lo menos, dos niveles subterráneos, según el diagrama que venía con el informe de la misión. La edificación más cercana a la colina estaba totalmente derrumbada. Otras dos estaban en pie parcialmente, los techos seguían ahí. Las otras tres estaban intactas. Toda el área estaba cercada y había un portón para el tránsito vehicular en el sudoeste. Dos huellas de camión salían del portón y se perdían en la selva. El área total sería de una hectárea. Cerca del portón había una instalación operativa de

misiles y radar con una torre de comunicación anexada.

Entramos usando protocolos estándares de reconocimiento urbano, revisando el complejo de laboratorios edificación por edificación y sala por sala. Mandé a Milner y Jouvert a que lideraran dos equipos armados al frente, mientras el resto avanzábamos en formación de apoyo. No nos separábamos porque no sabíamos lo que buscábamos. En poco tiempo confirmamos que el laboratorio estaba desierto pero no hacía mucho que lo habían abandonado. Aún había electricidad y algunos de los procesos automatizados seguían funcionando. Al menos en las partes que no estaban derrumbadas. No sé qué estarían haciendo. Echamos un vistazo a las terminales centrales y encontramos algo sobre un proyecto de investigación. Se enfocaba en una planta común que producía una especie de espora psicoactiva.

Lo otro que vimos por todo el laboratorio era un grafiti extraño: dos líneas curvas que se intersecaban a dos tercios de su altura, como una equis deforme o como si un par de paréntesis se hubieran caído uno contra el otro. Estaba dibujado sobre los escritorios, rayado en las paredes... En un par de lugares lo vimos pintado con algo que parecía sangre pero en esa primera recorrida no nos detuvimos para analizarlo.

Había restos humanos en dos de las edificaciones, ambas cerca de la pendiente. Contamos cuatro conjuntos de restos, pero fue difícil porque estaban desparramados por todas partes.

* * *

Escúchalo. La inyección lo convirtió en un robot.

Está mejor así que cuando deliraba, ¿no?

Usted es la doctora, Langridge. Manténgalo vivo y hablando. Hay mucha gente interesada en los resultados de esta misión.

* * *

Había un sendero que iba del lado norte del complejo hacia la selva. Lo seguimos y descubrimos evidencia de la reciente infestación zerg en Vygoire. Aquí se había producido una batalla. Fragmentos de armaduras y un Katari estrellado se podían distinguir entre la selva crecida. Al parecer, los nuestros habían estado cortando la vegetación para hacer un sendero que atravesara la selva cuando los zerg salieron de los matorrales en todas las direcciones. Tuve una visión momentánea de lo que habría sido eso.

Jouvert avanzó para explorar y nos informó que el sendero bajaba por un desfiladero a unos cien metros más adelante del lugar de la lucha. Retrocedimos al perímetro del complejo, cerca del portón, e hicimos un llamado rápido de control al *Scion*. También se me ocurrió que, si el personal de laboratorio estaba escondido en algún lugar, estarían usando su propia frecuencia para comunicarse, así que le dije a Hamzi que nos conectara con la torre de comunicación. Mientras esperábamos que terminara la conexión para probarla, todos activamos nuestros visores. Nuestros Pepes (UPPNRI, Unidades Personales Portátiles de Navegación y Recolección de Información, para ustedes que no son marines) indicaban que el aire estaba bien y que no había ningún compuesto ni microorganismo de transmisión aérea peligroso. Vygoire empezaba a caerme bien. Una atmósfera respirable, sin zerg. Seguro que en esa selva se podían cultivar miles de recursos. *En cien años*, recuerdo que pensé, *será la capital de este sector una vez que los grandes industriales traigan gente a explorar los recursos y vean lo que se estuvieron perdiendo.*

—Atención, personal de la instalación científica de Vygoire: les habla el sargento Norwood Doakes del Cuerpo de Marines del Dominio —dije—. Si reciben este mensaje, respondan, por favor.

Nada. Repetí el mensaje y esperé.

—Están muertos —dijo Milner.

—¿Y qué los mató, entonces? No hemos visto nada más grande que mi guante —dijo Jouvvert—. Y los zerg fueron erradicados hace un año ya.

Corté la llamada y dije:

—Eso es lo que vinimos a averiguar.

No había nada en nuestro informe que sugiriera que la fauna nativa de Vygoire fuera una amenaza. Era un ecosistema en período pérmico, todos helechos e insectos. Pero algo les había pasado a los científicos. Le mandé una actualización con nuestros hallazgos al *Scion*.

—Crucero de batalla *Scion*. Repórtese, sargento Doakes.

—No hay mucho para reportar, *Scion*. El complejo de laboratorios está desierto. Vygoire no tiene formas de vida avanzadas, ¿correcto?

—Correcto.

—Y los zerg fueron erradicados.

—Correcto.

—¿Está seguro de que no hay señales de talo en ninguna parte?

—Afirmativo. Vygoire está limpio.

—Continuaremos con el reconocimiento, entonces —dije yo—. Actualizaremos el reporte cuando hayamos localizado el personal de laboratorio y necesitemos extracción.

—No hay prisa, Antorcha Siete. Vamos a salir de este sistema; tenemos que hacer una reubicación de emergencia para cumplir con tareas de escolta.

—¿De cuánto tiempo hablamos, *Scion*? Solamente tenemos suministros para un reconocimiento inicial y el regreso.

—Poco. Los notificaremos cuando estemos de vuelta en el sistema y la extracción esté

disponible. Disfruten de sus vacaciones, Antorcha Siete. *Scion* fuera.

—Poco tiempo —dijo Jouvert después de que corté—. Bueno, pongámonos a construir casas. Sargento, usted puede hacer de profesor.

* * *

Mandé una versión un poco más formal del reporte de campo, en la cual adjunté las notas de la investigación sobre las esporas. Nuestros Pepes no detectaban nada peligroso, pero mi política es: cuando no sabes qué puede ser importante, incluye todo.

Como no recibíamos ninguna respuesta del personal científico, volvimos al modo reconocimiento. Había un sendero pedestre que bajaba por el desfiladero. Lo seguimos. Abajo había un claro. En el medio del claro había un tronco con el símbolo de líneas curvas tallado por toda la corteza. Era uno de los árboles más grandes que había visto en mi vida, incluso con todas las ramas más bajas arrancadas y unos agujeros enormes en el tronco. Alrededor había pozos y surcos que daban la impresión de que algo enorme había estado haciendo acrobacias allí. También había pedacitos inconfundibles de restos humanos.

—Te dije: están muertos —dijo Milner.

—Algunos. —Dije.

El personal completo del laboratorio eran unas cien personas. No pude hacer un estimativo preciso de cuántos conjuntos de restos encontramos, pero ni se acercaba a ese número. De todas formas, algo los estaba matando.

La parte táctica de mi mente había estado procesando el terreno desde el borde del complejo de laboratorios hasta donde estábamos en ese momento. Eché un vistazo general para tener un panorama más completo. Pasando una línea de árboles en el borde sur del claro, veía agua, parecía un lago de un tamaño considerable. El arroyo que corría por el desfiladero

desembocaba en él. Los lados norte y este del claro terminaban con una frondosa selva y con pendientes pronunciadas. Camino arriba por el desfiladero, el complejo de laboratorios estaba a medio kilómetro más o menos al oeste-noroeste.

Del otro lado del claro donde terminaba el desfiladero, otro sendero desaparecía en la penumbra de la selva. Parecía rodear el lago por la orilla y, a juzgar por la forma en que los árboles se elevaban del otro lado, era la única manera de llegar hasta el claro desde donde empezaba el sendero. Era lo suficientemente grande para que seis marines con la armadura CMC completa caminaran codo a codo y tenía los árboles a ambos lados todos tajeados. Algunos de los más pequeños habían sido arrancados de raíz o partidos a los dos o tres metros de altura. Ramas rotas recientemente seguían colgando y goteaban savia. Mandé a Chen a echar un vistazo más de cerca y volvió diciendo que había huellas. Huellas enormes. Un cuadrúpedo, dijo. Recuerdo la palabra porque acababa de articularla cuando escuchamos el rugido.

—¿Qué carajo fue eso? —dijo Jouvert. Antorcha Siete entró en formación de combate, armas en alto, cada uno a cinco metros del otro, la rutina completa.

Entonces, ocurrió algo muy extraño que no entendimos en ese momento. Uno de mis hombres se puso como loco. Empezó a gritar coordenadas que no tenían sentido, preparó su Gauss para disparar y cruzó el claro a toda velocidad en dirección al sonido. Decía algo sobre unos dioses, pero no sé de qué dioses hablaba.

También creo que dijo las palabras *El colosal* pero en ese momento no entendía a qué se refería.

No tuve tiempo para procesar la información porque, de golpe, salió un ultralisco de la selva que iba destruyendo todo a su paso y se dirigía directo al centro de nuestra formación.

Si nunca vieron un ultralisco... Es más grande, más ruidoso y más rápido que un tanque.

Su altura equivale a cuatro marines con sus armaduras completas y es tan largo que, si luchas contra él de frente, no ves dónde termina. Tiene dos pares de guadañas unidas a su cuerpo donde un dragón tendría las alas. Se las llama "cuchillas káiser"; no sé por qué. Lo que sí sé es lo que pueden hacer. Se cierran como tijeras y cortan la armadura de batalla de un marine como si fuera papel de aluminio. Puedes descargarle tu C-14 hasta que se derritan los caños y lo único que lograrás es hacerlo enojar. Mejor dicho, hacerlo enojar aun más, porque ya viene enojado. Los ultraliscos se despiertan enojados y hambrientos. Cuando ya terminaron de hacerte añicos, pisotean los pedazos que quedan hasta que estés bien muerto.

Esa fue la primera vez que vi uno. Había hecho todos los simulacros y visto todos los archivos pero nada se compara con verlo en persona. Lo primero que piensas cuando ves un ultralisco es: *No hay forma de que pueda matar a esta cosa.*

Le tiramos con todo lo que teníamos y ni siquiera desaceleró. Mientras disparábamos, yo gritaba órdenes para que Antorcha Siete se cubriera donde pudiera y me preguntaba cómo carajo se pelea contra una cosa como esa con armas pequeñas en terreno abierto. La respuesta es que no se puede.

Singh perdió las piernas y luego la cabeza antes de que el ultralisco saliera completamente al claro. Luego le tocó a Morrison, que fue empalado en la punta de una de esas cuchillas y lanzado a un matorral con la armadura abierta y las tripas colgando del agujero. A partir de ahí se me confunden los hechos específicos. Antorcha Siete tuvo un 30 por ciento de bajas antes de poder formarse según la instrucción que había recibido y la única que tenía sentido: retirada, cubriéndose entre sí y a la mierda con todo. Nos replegamos arroyo arriba por el desfiladero hasta que se hizo tan estrecho que el ultralisco apenas podía apretujarse para pasar. Se detuvo. Nosotros seguimos disparando y empezamos a hacerle un poco de daño cuando algún

que otro cartucho entraba por una unión o una grieta del caparazón.

Luego retrocedió y salió del desfiladero hacia el claro, mientras rugía por encima del sonido de nuestros C-14, pegó la vuelta y corrió hacia el lugar de donde vino. Entonces fue cuando vi que Twohy, el que nos había metido en este desastre. Estaba debajo de un tronco caído que el ultralisco había derribado en la primera embestida. El ultralisco ni lo vio y le aplastó todo el torso cuando regresaba a la selva. Parte de él salió disparada de debajo de la pata como si el ultralisco hubiese aplastado un paquetito de ketchup. El contenido de Twohy hizo una parábola rosa y roja en el aire y se desparramó por todo el terreno revuelto.

De golpe, el grafiti cobró sentido. Era una advertencia. Al menos, eso fue lo que pensamos en ese momento. Las líneas curvas que se cruzaban eran las cuchillas káiser.

Mi comunicador era puro ruido. Todos decían algo y en el fondo de las voces se sentía un murmullo extraño, una furia negra, muda, que nunca podría aplacarse. He estado en muchos campos de batalla y maté muchas cosas pero, hasta ese entonces, nunca en mi vida había querido matar por el mero hecho de matar. Tú me entiendes, ¿no, Vera? Tú estabas ahí. Sé que dijiste que no te afectaba, pero no puede ser verdad: está en todas partes, no te puedes escapar...

* * *

Se está descontrolando otra vez. ¿Será muy pronto para darle otra inyección?

Tú sabes más de esas esporas que nosotros. Dime tú.

No sé mucho más. Es probable que no le haga mal. Es un marine.

Sí, pero este no tiene el cerebro frito como los ogros que atendemos normalmente.

Es un marine. Inyéctalo.

* * *

¿Qué?

A ver, nosotros creíamos que estábamos en una misión de rescate. Formamos, hicimos lo que pudimos con los heridos y pedimos que rescataran a los muertos.

Nos rechazaron el pedido de recuperación, aun sabiendo que el *Scion* estaría de vuelta en el sistema en pocas horas. Nos dijeron que el *Scion* no estaba preparado para maniobras en la atmósfera y que las naves de inserción no bajarían hasta que el ultralisco hubiese sido eliminado o estuviera en el lado opuesto del planeta.

—Un ultralisco puede partir una nave de inserción en dos —dijo el oficial de comunicaciones en pocas palabras—. Repórtense cuando lo hayan eliminado.

La puta madre. Esa fue mi respuesta táctica altamente capacitada.

La dije en voz alta cuando nos volvieron a atacar.

Esta vez no fue el ultralisco. De los árboles que nos rodeaban, comenzaron a llover lanzas, lo cual nos sorprendió casi tanto como el ultralisco. ¿Quién carajo usa lanzas contra marines con armaduras de CMC? Lo peor que nos podían hacer era aturdirnos si una nos pegaba en el casco. Abrimos fuego a discreción y mandé a cuatro hombres durante el fuego para que se ocuparan de cualquier forma de vida nativa que nos estuviera usando como tiro al blanco.

Volvieron con tres humanos que vestían ropas desgarradas que alguna vez fueran guardapolvos de laboratorio. Dos hombres, una mujer. Todos alababan a algo llamado "el Colosal", lo cual no fue muy difícil de deducir. Pero los hombres también estaban en estado de pánico porque le tenían terror al doctor.

¿Y quién era ese doctor?

—¡Van Rijn! —gritó uno de ellos. Estaba totalmente desquiciado, echaba espuma por la boca, las venas de la frente estaban a punto de reventársele. Se había mordido la lengua cuando lo traían los marines, tuve que contener las ganas de dispararle para callarlo. Pero tenía que

darles un buen ejemplo a mis hombres. O sea, tendrán el cerebro frito, pero no son animales. Al menos, no la mayor parte del tiempo.

—¿Quién es van Rijn? —pregunté.

—¡El doctor! ¡Tenemos que volver, nos toca a nosotros!

—¿Qué les toca?

—¡Es nuestro turno con el Colosal! —gritó el cautivo, escupiendo sangre para todos lados. Yo había abierto mi visor para interrogarlo pero me arrepentí.

Di un paso atrás.

—¿Ustedes trabajaban en el laboratorio? ¿Con el doctor?

Uno de mis suboficiales, el cabo Blodgett, dijo:

—Nuestra información del laboratorio dice que Gerhardt van Rijn era el director. Además, Sargento, ¿qué hay de Twohy?

—¿Qué hay de él?

—Cómo salió corriendo por el desfiladero, disparando hacia los árboles y gritando.

Entendí lo que me quería decir. Twohy se había vuelto loco y se había lanzado directamente hacia las cuchillas del ultralisco. Ahora teníamos a tres ratas de laboratorio que querían hacer lo mismo, si es que a eso se referían con lo de "es nuestro turno con el Colosal".

Estaba ocurriendo algo totalmente retorcido.

—Llévennos con él —les dije.

La mujer, que no había dicho una sola palabra hasta entonces, habló.

—Espere. ¿Usted está al mando?

—Él está al mando —dijo Blodgett.

Ella dio un paso hacia mí pero se detuvo cuando seis C-14 le apuntaron.

—Necesito hablar con usted —dijo.

—Pues hable —dije yo.

—Es que... es que... —dijo ella. Parecía asustada, pero no de mí—. Por favor.

Algunos hombres se rieron. Supe lo que estaban pensando pero ni me molesté en decirles algo.

—Venga por aquí —le dije y la alejé un poco—. Bien. Hable.

—Me llamo Vera Langridge —dijo.

—Muy bien, Vera Langridge.

—Yo era la jefe de investigadores de la estación. Estábamos investigando los efectos secundarios del talo zerg en un ecosistema.

—Bien.

—Fue entonces que descubrimos las esporas.

Tardé un segundo en comprender.

—¿Las esporas que aparecen en los informes del laboratorio?

—¿Los vio?

—Investigamos el laboratorio antes de bajar aquí. ¿Qué pasa con esas esporas?

Vera miró hacia atrás, donde estaban sus compañeros, que seguían rodeados por marines y parloteaban que tenían que volver con el doctor porque les tocaba a ellos.

—¡Ustedes no entienden! —dijo uno de ellos a un marine que lo miró como si no tuviera ningún interés en entender.

—Yo soy inmune a ellas —dijo Langridge.

—¿Inmune? —la palabra me desató una cadena de asociaciones en la cabeza—. ¿Qué es lo que hacen?

—Todavía estoy tratando de comprenderlo pero... ay, no. Usted y sus hombres. ¿Todos se levantaron los visores estando aquí?

Lo pensé.

—Sí.

—Entonces ustedes también están todos infestados.

* * *

Es probable que usted también lo esté, doc.

No, hasta ahora soy inmune. Me hago pruebas cada una hora.

De todas formas, nos van a poner a todos en cuarentena hasta que el Comando nos haga un análisis completo. Y tal vez siga la cuarentena después de eso, dependiendo de los resultados.

Es una medida de prevención. Tenemos a Doakes como sujeto afectado por las esporas y a mí como sujeto que no. Hasta que tengamos en claro la razón de eso, yo nos pondría en cuarentena a todos.

Bueno, apúrese a averiguar la razón, entonces.

* * *

No hay una palabra de nuestro idioma que odie más que "infestado".

—¿Infestados con qué? —le grité a Vera.

—Es un término técnico, nada más —dijo ella—. No significa nada en particular.

—"Muerto" también es un término técnico. Y algo significa. Ahora, ¿qué es esa espora de mierda y qué hace? —Ya estaba pensando en la sensación extraña que venía teniendo desde el combate, como una alucinación pero más intensa. La había sentido como una especie de portal a una conciencia tan alienígena que ni siquiera podía llamarla "conciencia"... ¿Eran las esporas? ¿Ya estaba infectado? Todavía la sentía, un poco, como si un espacio nuevo se me hubiera

abierto en la mente pero como si allí viviera algo que no era yo. Esto le dio un giro totalmente nuevo a la misión.

—No estoy del todo segura —dijo ella.

—Sargento —dijo Haddawy. Saqué la vista de Vera y lo miré a él. Vi que, mientras me daban la noticia de que todos estábamos infestados con esporas, el personal de laboratorio había aparecido. Era un grupo disperso, todos vestidos con guardapolvos de laboratorio hechos girones parecidos a los que tenían Vera y los otros dos. En el centro del grupo estaba la única excepción. Era un hombre alto y tenía más pelo en la cara que en el resto de su cabeza. Su guardapolvo blanco estaba en bastante buen estado. Se había cortado en la frente el símbolo de las líneas curvas cruzadas. La cicatriz resaltaba sobre las arrugas, rosa y abultada como si el tipo se hubiera frotado algo sobre la herida para procurar que no se curara bien.

—Soy Gerhardt van Rijn —dijo—. Ustedes son intrusos y no son bienvenidos. Váyanse de Vygoire inmediatamente.

—Ni bien tengamos lo que vinimos a buscar —dije yo.

—¿Y qué buscan?

—A usted —dije—. Y al resto.

—Imposible —dijo van Rijn—. Nosotros estamos aquí por el Colosal. Devuélvanme a mis tres...

—No. Si usted no quiere venir, es cosa suya. Pero tengo marines heridos, los voy a llevar a terreno elevado y los voy a sacar de aquí antes de que vuelva el ultralisco. Si ustedes quieren ser su comida, como gusten.

—¡Usted no entiende! El Colosal está aquí por nosotros y no al revés. Uno a uno nos vamos convirtiendo en parte de él, según los méritos de cada individuo—. Van Rijn levantó el

mentón y se puso una mano en el pecho con los dedos abiertos—. Yo, por supuesto, me uniré al Colosal luego de que todos mis niños hayan hecho el viaje.

—Este tipo está loco —dijo Haddawy, bien alto para que todos lo oigan. Yo levanté la mano para que hiciera silencio, pero van Rijn ya lo había oído.

—Pronto comprenderás —dijo—. Conocerás al Colosal.

—¡No! —gritaron algunas de las otras ratas de laboratorio—. ¡No antes que nosotros!

—Paciencia, niños —dijo van Rijn con una risita—. El Colosal no volverá aún. Tiene que recibir su propia comunión.

En ese momento deduje que lo que quiso decir era que el ultralisco también estaba infestado por las esporas cuando volvió a salir de la selva.

Todavía no puedo saber si se los estaba comiendo o no. Los textos de la instrucción decían que el Enjambre había creado al ultralisco a partir de los brontolitos, que eran vegetarianos. Sin embargo, yo había visto al ultralisco tragarse pedazos de mis marines. Tal vez haya sido por accidente, pero no lo creo. Tampoco creo que este supuesto Colosal se conformara con digerir a los cultistas de a uno. Quería un banquete completo y, cuando volvió a salir de los árboles, casi se da el gusto.

Los científicos, o cultistas o lo que fueran, corrieron como locos. Antorcha Siete se movió como un único organismo, atacando y moviéndose y también corriendo como locos hacia los matorrales más tupidos.

Esta vez, el ultralisco fue tras ellos y tras nosotros. Sus cuchillas guadañaban la selva, cortaban los árboles y matorrales de a montones en busca de los cultistas. Atrapó a uno de ellos y se detuvo. Lo despedazó en más partes de las que pude contar. El aire que lo rodeaba era una tormenta de hojas y sangre, y flores que volaban y se iluminaban con los rayos de sol que

lograban atravesar la frondosa selva. No disparamos por miedo a darles a los científicos pero, si pudiera volver el tiempo atrás, los habría masacrado a todos.

Aún con una víctima fresca, o comida (¿o comunión?) el ultralisco no se detuvo. Tras levantar la cabeza, vio, o percibió, a los dos científicos que teníamos como prisioneros, que se peleaban por el derecho a ser destripados y que no se habían movido de donde los dejamos. Les dio el gusto a los dos: las cuchillas káiser los atravesaron en un ida y vuelta rápido que los cortó en tiras y pedazos que quedaron colgando del caparazón del ultralisco.

Y otra vez, ¡será posible carajo! la cabeza se me empezó a poner borrosa, como si tuviera voces dentro... y al mismo tiempo el ultralisco comenzó a sacudir la cabeza otra vez. No como si estuviera atacando o algo así, sino como si estuviera tratando de despejarse la mente.

Todos los colonos se quedaron en donde estaban. Algunos lloraban; algunos se dejaron caer sobre sus rodillas. Por encima de todo surgió la voz de su gurú.

—¡No, no, no! —gritaba van Rijn—. ¡De a uno!

—Antorcha Siete —dije yo por el comunicador abierto— mientras el ultra se come su merienda, nos vamos. Repliegue rápido al complejo de laboratorios, ¡carrera mar!

Fue difícil articular palabras por encima de la confusión de voces en mi cabeza y la sensación extraña de que estaba viviendo cosas que no estaban pasando en la realidad. Sentí gusto a sangre aunque no estaba herido. En ese momento, no tuve tiempo para pensar en ello porque estaba corriendo como loco por la selva de regreso al desfiladero, pero ahora parece... Esperen. Lo estoy sintiendo otra vez.

* * *

No, no. No le des otra inyección todavía. Tenemos que observar esto.

Está delirando.

Está comulgando, comandante. Eso es lo que hacen las esporas.

¿Comulgando con qué?

En este momento, con nada porque no hay nada con qué comulgar. Está en cuarentena.

Por eso delira.

¿Entonces hubo otros infectados por las esporas...?

Sí. Incluyendo, como dijo él, al mismo ultralisco. Y, por extensión, al resto de los zerg.

¿Entiende por qué es importante esto?

* * *

Reporte. Reporte. Habla el sargento Norwood Doakes de los marines Antorcha Siete, reportándose desde el Colosal... ¿Qué?

¿Qué?

Afirmativo. En el laboratorio. Nos replegamos hasta el complejo e hicimos un conteo cuando llegamos a los subniveles más profundos.

Algunos de los científicos entraron al edificio, formados y marchando al unísono como si estuvieran haciendo alguna especie de procesión formal. Al frente estaba van Rijn. No daban la impresión de acabar de escapar de la muerte a manos de un zerg monstruoso. Estaban plácidos. Se movían al unísono. Me hicieron pensar en lo que Vera había dicho sobre la comunión.

—¿Qué carajo le hiciste a ese ultralisco?

—¿Yo, alterar al Colosal? —preguntó van Rijn en tono de burla—. Imposible. Él es lo que es. Nosotros buscamos ser parte de él. Cuando nos unimos a él, todos sentimos la comunión por un momento. Pero tenemos que hacerlo de a uno. Cuando dos o más van con el Colosal al mismo tiempo, las impresiones se confunden. La experiencia no es pura. —Me sonrió como si yo fuera un niño aprendiendo una lección—. Como ya lo habrá descubierto usted.

—¿Cómo lo supo?

Van Rijn se tocó dos veces la sien.

—Lo sentí. Al igual que usted. —Entonces su comportamiento cambió, se volvió noble y severo—. Su presencia agitó al Colosal. Hizo que su hambre se volviera gula.

Lo único que deseaba era dispararle. En cambio le dije:

—No creo que los ultraliscos tengan un paladar delicado. Ellos empiezan con la gula y se van poniendo cada vez peor.

Aspiró corto y rápido.

—Eso cree usted, porque su primera experiencia fue muy confusa. Es su culpa, pero usted tampoco pudo evitar pensar así. Nosotros, en cambio —continuó, extendiendo los brazos para abarcar a sus seguidores—, comprendemos la pureza de la comunión. Y las dos lunas están a punto de reunirse. Por ello, emprenderemos su búsqueda nuevamente.

Sin mediar otra palabra, los científicos marcharon en procesión y salieron de la misma forma en que entraron.

—Vera —dije—. ¿Dos lunas que se unen?

—Usted habrá notado que Vygoire tiene dos satélites —dijo ella. Yo lo había notado pero no me había parecido nada inusual. Vera prosiguió—: una de ellas orbita más rápido que la otra y, cada veintitrés días, parecen superponerse. Es entonces que Van Rijn comienza el ritual.

Pero no era nada inusual. Las esporas lo hacían inusual.

—¿Y eso es hoy?

Ella asintió.

—Esta noche.

Me costaba mucho creer que el ultralisco esperara pacientemente a que pasaran veintitrés

días.

—¿Y qué hacen mientras tanto?

—Se esconden —dijo ella. Y con un escalofrío, agregó—: muy juntos. Las esporas aparentemente tienen un efecto en las partes del cerebro que hacen a los seres humanos más propensos a un comportamiento ritual.

—¿Hay partes en el cerebro que hacen eso? —se sorprendió Haddawy.

—Sí, es impresionante —respondió Vera—. Las esporas actúan sobre esas partes y eso, sumado a la manera en la que crean enlaces entre las mentes... se vuelve algo impredecible y muy poderoso.

—Bien. Suficiente. ¿Se supone que nosotros tenemos que rescatar a estos desquiciados? —se quejó Jouvert—. No quieren que los rescatemos. Esta es la parte en la que pedimos las naves de inserción y vemos cómo caen las bombas nucleares desde la órbita. ¿No, sargento?

—Todavía no —dije—. No podemos pedir la evacuación con un ultralisco suelto. El *Scion* no puede aterrizar en el planeta. ¿Quieres confiar en su puntería desde la órbita? No nos servirá de mucho que le tiren una bomba nuclear al ultra y nos den a nosotros también.

Hubo una pausa breve en la que los marines sobrevivientes de Antorcha Siete hicieron correr en su ruedita al hámster que tienen en el cerebro. Luego llegaron a la conclusión a la que sabía que llegarían:

—Entonces, si no eliminamos al ultralisco, no nos vamos —dijo Iger.

—Así están las cosas, señores —dije yo.

—La puta madre —. Esta vez lo dijo Haddawy.

* * *

Ahora ya lo oyó de la fuente. Testimonio directo. ¿Cuánto más podemos esperar?

El tiempo que sea necesario. Esto podría cambiarlo todo.

Yo opino que tendríamos que destruirlo todo con bombas nucleares. Al diablo los científicos o la cuarentena.

De ninguna manera. Esto es demasiado bueno para desperdiciarlo. No es un organismo zerg pero puede controlar a los zerg. ¿Entiendes lo que eso significa? Sin mencionar su aplicación táctica en unidades pequeñas y quién sabe en qué más.

Está bien, Dra. Langridge, pero si quiere que yo convenza al Comando de eso, necesitamos el resto del informe de Doakes. Rápido.

Entendido. Los estimpacks normales ya no funcionan. Vamos a tener que probar con algo un poco más experimental.

Pruebe lo que haga falta. Siempre y cuando funcione.

* * *

—Está bien —dije—. Este es el plan.

Sabía que cualquier instalación como esta usaría tanques de gas vespeno comprimido como fuente de energía. Y sabía que algunos de mis marines sobrevivientes eran buenos mecánicos, más allá de cualquier otro problema social o delictivo que tuviesen. Así fue que decidí convertir esos tanques de vespeno en una bomba para ponerla en el cuello de botella que se formaba en la base de la pendiente rocosa donde el camino doblaba hacia el desfiladero. Iba a tirar la colina entera encima del ultralisco la siguiente vez que intentara perseguirnos desde el claro.

Nos llevó menos de dos horas quitar los tanques de vespeno y engancharles un par de granadas y un Pepe que usaríamos como detonador remoto. Luego salimos y un equipo puso los tanques en una grieta justo en la base del desfiladero, bajo una roca que colgaba y que tenía

tallado el glifo de las cuchillas káiser. Si la bomba y el derrumbe no mataban al ultralisco, al menos iba a tener que trepar para venir a buscarnos en vez de perseguirnos por un terreno llano. Nuestro único problema era van Rijn. Él y sus "niños" nos dificultaron todo el proceso acostándose frente al desfiladero y tratando de formar cadenas humanas. Los hicimos a un lado sin mucha dificultad, pero tuve que rechazar como un millón de solicitudes formales de dispararles a todos para poder encargarnos del ultralisco sin más estorbos.

—Colosal —cantaban—. Colosal, vamos contigo.

El ultralisco no aparecía.

—¿A dónde irá? —se preguntó Haddawy.

Jouvert se mofó.

—¿Qué importa?

Y eso lo resumía, prácticamente.

Ninguno de mis marines se había levantado el visor desde que supimos lo de las esporas. Habíamos visto lo que la exposición prolongada les había hecho a los científicos. Le pregunté a Vera al respecto.

—La exposición acumulativa podría o no hacer que el efecto sea más intenso —dijo ella—. No tuve tiempo de estudiarla.

También querían que Vera volviera con ellos; al menos era lo que van Rijn quería. La había estado mirando desde el centro del grupo de ratas de laboratorio desde que les ordené a cuatro marines que los quitaran del camino y los vigilaran. En los ojos de van Rijn había rastros de lujuria, decepción y curiosidad, todo a la vez. No era de extrañar que ella no quisiera volver.

—Ya está todo en posición —informó Haddawy—. Lo único que necesitamos es un ultralisco.

—De eso me encargo yo —dije.

Mi razonamiento era que, si el ultralisco estaba acostumbrado a que le entregaran a alguien en los rituales de van Rijn, la criatura lo notaría cuando volviera a ocurrir. Será que las esporas, ¿entienden? Hasta es posible que estuviera coordinado y se anticipara, como si tuviera algún tipo de condicionamiento pavloviano. Así que mi plan era bajar hasta allí, el ultralisco vendría corriendo hacia mí y yo huiría subiendo por el desfiladero.

—¿Por qué usted, sargento? —preguntó Jouvert.

—No le daré semejante orden a nadie —dije—. Lo haré yo.

Y así lo hice. Bajé por el desfiladero solo, caminé directamente al medio del claro, que estaba repleto de pedazos de mis marines muertos, y puse una mano en el tronco. Y esperé. Oía a los colonos gritar y cantar desde arriba. En ese momento desee haberlos matado a todos. Cuando miré al cielo, vi dos lunas que apenas se tocaban.

No tardó nada. Primero tuve una sensación, una descarga de adrenalina y, luego, la avalancha psicológica que se siente cuando uno sabe que tiene la mano ganadora y está por dar el golpe final. El ritmo cardíaco se me fue por las nubes y comencé a sudar. Quería abrirme el visor pero me contuve, por poco.

Escuché el rugido antes de verlo. Por las suelas de mi CMC, sentía los temblores que producían sus pasos. Pero esperé. En parte porque necesitaba que me persiguiera pero también porque estaba sintiendo la comunión. Oía los cantos de los locos de van Rijn dentro de mi cabeza y sentía el rugido del ultralisco como si fuera el llamado de un dios.

Entonces, salió de golpe de la selva y entró al claro. Eso me despabiló bien rápido.

Salí corriendo a toda velocidad. Cuando pasé la bomba de vespeno grité:

—¡Detóñenla en diez! ¡Repito: diez!

Pasé patinando por la grava enlodada, crucé el arroyo que corría por el desfiladero y batí todos los récords galácticos de escalada con armadura marine.

Cuando empecé a correr estaba muy por delante del ultralisco, pero ahora estaba tan cerca que, si me daba vuelta para mirar sería lo último que vería. Juro que sentía su respiración en la nuca pero es probable que eso haya sido un efecto de las esporas y la comunión. Mis hombres comenzaron a disparar desde sus posiciones en la punta del desfiladero; los hice quedarse lejos para que el derrumbe por la explosión no los hiciera caer. Por suerte, los cartuchos de C-14 mantienen una buena velocidad por unos cientos de metros. Hasta podía oír los impactos en la piel del ultralisco.

¿Saben qué es lo más loco? En parte tenía ganas de detenerme. Seguía escuchando "Colosal, Colosal, Colosal..." y quería ser parte de la comunión.

Pero la onda expansiva de la detonación voló ese deseo. Me derribó y caí de cara al suelo con la fuerza suficiente para que se me partiera el visor y saltaran algunos pedazos. Logré ponerme de pie y seguí corriendo hasta que dejaron de llover rocas y pedazos de árboles a mi alrededor. Luego giré en el momento en que una nube de humo se infló hasta desbordar el desfiladero. Lo oscureció todo.

—Antorcha Siete, repórtense —dije—. ¿Quién tiene contacto visual?

—¿Ahora? —dijo Haddawy—. Nadie. Espere, voy a encender... Sí, el infrarrojo muestra señales de calor allí abajo pero probablemente sean rocas que se calentaron por la explosión y que se están enfriando.

—¡El ultralisco, marine! Qué me importan las rocas... —dije.

—Ya sé, sargento. A ver. El ultralisco... No sé —dijo—. No lo veo, pero los zerg no siempre tienen buena bioseñal de calor.

Había comenzado a llover, lo noté tardíamente, y el humo se arremolinaba con la brisa, acompañando el frente tormentoso.

—Esperen —le grité al pelotón y yo también me detuve.

Bajamos la mirada hacia el desfiladero y esperamos a que se disipara el humo.

La explosión había hecho que se derrumbara el tercio inferior del desfiladero. Si no hubiésemos tenido los visores cerrados, nos habría reventado los oídos, aun a trescientos metros de distancia. Los ecos todavía resonaban mientras el humo se disipaba en la lluvia. No se veía el ultralisco ni ningún movimiento.

Escalé el resto del camino hasta donde estaba posicionado lo que quedaba de Antorcha Siete, justo sobre la punta del desfiladero. Desde ahí no se veía la zona de impacto de la bomba de vespeno.

—Jouvert —dije—. Echa un vistazo.

Jouvert fue hasta el primer borde, en el lado derecho. Lo tanteó para ver si había quedado suelto por la explosión, luego se paró sobre él. Lo vi hacer escaneos en diferentes longitudes de onda. Era un buen explorador.

En el fondo del desfiladero retumbaban las piedras que todavía se estaban asentando después de la explosión.

Entonces, Jouvert dejó caer el escáner y salió corriendo.

Justo detrás de él apareció el ultralisco.

Abrimos fuego mientras pasaba por encima del borde del desfiladero y hacía pedazos a Jouvert con un barrido de ida y vuelta de las cuchillas. Mientras los pedazos seguían en el aire, cartuchos de C-14 le martillaban la cabeza y las patas frontales.

Los colonos aprovecharon la situación ya que los cuatro guardias encargados de ellos

habían decidido ocuparse del ultralisco. Al grito de "¡Colosal! ¡Colosal!", corrieron hacia él. *Hacia él*. Y murieron todos, viejo.

En el medio de todo eso, llegó el llamado:

—Antorcha Siete: esta es su alerta de extracción. Reúnanse en el punto de inserción anterior inmediatamente.

—Nos están atacando —respondí.

El que me hablaba no era el mismo oficial de comunicaciones que antes. Podría haberme puesto a discutir por qué recibíamos este llamado cuando nos habían dicho que no nos iban a extraer, pero esas conversaciones nunca llegan a buen puerto cuando se habla con oficiales.

—Llegaremos al punto de inserción lo más pronto posible —agregué. De hecho, estábamos apenas a un kilómetro de distancia, más o menos.

—Antorcha Siete, ¿cuál es la naturaleza del ataque?

—Ultralisco.

—Repita.

—La puta madre, ¡dije "ultralisco", *Scion!* ¡El mismo que mencioné antes! ¡Ustedes dijeron que Vygoire estaba despejado y ahora tengo marines despedazados por todas partes!

El oficial de comunicaciones ignoró eso. Son expertos en ignorar esas cosas.

—¿Estado del personal de laboratorio?

El ultralisco se había acercado y ahora estaba entre nosotros. Se notaba que la explosión y el derrumbe lo habían dañado bastante. Icor zerg le chorreaba de las fracturas en el caparazón y, además, tenía la pata izquierda de atrás rota.

—¡Concentren el fuego en esa pata! —ordené.

—¿Cómo dijo, Antorcha Siete?

—No hablaba con ustedes, *Scion*. —respondí.

Comencé a dispararle al ultralisco y, después de todo lo que había pasado, dejé que se acercara demasiado. Retrocedió hacia uno de los grupos de "niños" de van Rijn, abrió las cuchillas káiser y las cerró sobre ellos. Levantaron los brazos para recibirlas. El grito "¡Colosal!" resonaba por todo el campo de batalla y también en mi cabeza. Hasta lo escuché por el comunicador. Algunos de mis marines lo estaban repitiendo mientras le disparaban al ultralisco. Yo estaba cubierto por pedazos de la gente de van Rijn. Vera estaba en el borde del campo. Recuerdo haberla visto de pie, lejos, lo suficientemente cerca del complejo como para escapar pero lo suficientemente cerca de la batalla para ver lo que ocurría. Estaba estudiando la situación.

Estudiaba la comunión.

—No se puede comenzar la extracción con un ultralisco en el área, Antorcha Siete.

Abortamos.

Al menos en eso coincidió con el tipo que me había hablado antes. No tuve tiempo para discutirlo porque el revés de una de las cuchillas káiser del ultralisco me tumbó y provocó tal abolladura en el costado del torso de mi armadura que me fracturó algunas costillas. Caí y rodé, la pata del ultralisco, que era como un pilar, se estrelló en el suelo al lado de mi cabeza y me cubrió el visor de lodo y sangre. Pensé que me iba a exprimir el cerebro de un pisotón como había pasado con Twohy.

Entonces, embistió hacia adelante, por encima mío. En ese momento, le metí mi C-14 en el hueco detrás de la pata delantera izquierda y disparé una ráfaga larga. De la herida brotó icor con fuerza que cubrió las pocas partes de mi visor que se habían salvado del lodo. Yo había quedado ciego, pero de alguna manera podía oírlo, podía oír su furia y su dolor. La fuerza del ultralisco me arrancó el C-14 de las manos y la criatura siguió corriendo, abriéndose paso entre

el resto de mis hombres, camino hacia los cultistas. En mi mente oía cómo morían.

Me puse de pie como pude, me saqué el lodo y el icor del visor a tiempo para ver al ultralisco despachar a su fiel más devoto.

—¡COLOSAL! —vociferaba van Rijn, con gritos fuertes y sostenidos, y juro que su voz seguía sondando después de que el ultralisco lo cortó en ocho o diez pedazos con sus guadañazos típicos en forma de X. Las cuchillas káiser se rozaban entre sí al cortar el torso de van Rijn, lo cual emitía un chirrido que atravesaba los filtros de los sensores auditivos del CMC y casi me revienta los dientes.

Los cultistas trataron al ultralisco como si fueran adolescentes y la criatura fuera la máxima estrella de los holos interestelares. Se lanzaron sobre él, se colgaron de su cuerpo y se arrojaron a sus pies. El ultralisco los mataba tan rápido como podía mientras lo que quedaba de Antorcha Siete seguía disparando. Dejaron de preocuparse por los científicos, que habían pasado a ser daño colateral, y le tiraron con todo lo que les quedaba.

Durante todo eso, el piloto de la nave de inserción me gritaba en el oído:
—Antorcha Siete, punto de encuentro, ya mismo. Repito, punto de encuentro ya mismo. *Scion* requiere un informe actualizado del estado del personal de laboratorio.

Me puse de pie y recuperé mi C-14. Estaba cubierto de viscosidad violeta, la sangre del ultralisco. No estaba seguro de que funcionara.

Pero el ultralisco estaba muriendo.

Creí que yo también. Todo estaba cubierto por un aura muy colorida. Me lloraban los ojos. Me miré a mí mismo y me di cuenta de que ya no estaba de pie. El mundo comenzó a girar y sentí la conciencia del ultralisco, que se moría y luchaba por vivir alimentado por rabia pura. Creo que dije algo por el comunicador y estoy seguro de que el piloto de la nave de inserción

seguía hablando. Escuché su voz junto con la presencia del ultralisco, de su... *mente* pero no es la palabra adecuada. Sentí su presencia en mi cabeza.

Volví a bajar la vista y me di cuenta de que tenía una de las piernas totalmente dada vuelta, la armadura doblada y rota a la altura de la rodilla. Las uñas del ultralisco, gruesas como mi muñeca, habían rajado la superficie y dibujado una especie de línea retorcida.

—Me pisaste —le dije al ultralisco.

No me respondió. Estaba muy ocupado muriéndose. Caí de costado y encendí mi Pepe.

—Antorcha Siete —dije. O creo que lo dije—. Antorcha Siete, solicitando comunión.

Quise decir "extracción". Pero el Colosal se moría y sus... ¿pensamientos?... comenzaban a hablarme.

Sí. Eran las esporas. No sé cómo funcionan. Simplemente estoy tratando de decirles lo que pasó para que puedan dar vuelta esta nave y prender fuego esa puta selva y esa cosa contagiosa antes de que se esparza en algún otro lado. Esporas. No se ven. A mí me agarraron. ¿Cómo pueden saber si no los agarró a ustedes?

¿Cómo saben si Vera no es portadora aunque la comunión no la afecte? Déjenme contarles el resto. No, no, no, no me inyecten más. No...

La subí a la nave. Y al resto de Antorcha Siete. Bajamos treinta; volvimos nueve. ¿Dónde está el resto de mis hombres?

Me estoy quedando dormido. Vera, Vera, no los dejes...

Colosal. Te escucho.

* * *

Está delirando otra vez. ¿Va a sobrevivir al viaje? ¿Quedó algún sobreviviente del personal de laboratorio? Necesitamos todos los datos posibles.

Tenemos mucha información en el centro médico. Ya les dije a los médicos que se dediquen a estabilizarlo, nada más. No vamos a purgar las esporas.

Dra. Langridge, usted es la única que es inmune a la espora comulgal.

Hasta ahora.

Doakes está conectado al soporte vital. Cada vez que recupera la conciencia, la llama a usted.

Ya le dije: está en cuarentena y se pone muy difícil cuando la espora está activa. Ni bien lo pongamos en un complejo seguro en alguna parte civilizada del sector, podremos...

¿Tiene una muestra, me dijo? ¿Tiene suficiente para hacer lo que quiere hacer?

Comandante, estoy bajo órdenes estrictas de...

Dra. Langridge, no me interesan sus órdenes. Lo que sea que vaya a hacer con esta espora, lo hará con la cantidad que está dentro de Doakes. Scion lanzará un bombardeo nuclear sobre Vygoire ya mismo.

Comandante, tengo que insistir...

Dra. Langridge. Usted mencionó unas órdenes. ¿De quién vienen?

No estoy autorizada para decirlo.

¿Y de casualidad usted era inmune a las esporas? ¿Justo cuando las investigaba siguiendo unas órdenes de las que no puedo saber nada?

Es momento de que se termine esta conversación, Comandante.

Él acaba de hacer una pregunta acertada. ¿Dónde está el resto de sus hombres?

Ya nos encargamos de eso. Ahora, como ya le dije, es momento de que se termine esta conversación.

Ese tipo que está ahí luchó contra un ultralisco. Por usted.

¿Por mí? Es un marine. Hizo lo que le ordenaron que hiciera. Igual que yo. Esto es mucho más importante que él. Mucho, mucho más importante. En este momento, es un portador. Nada más. Usted puede hacer su informe para el Comando. Dígale que Vygoire ya no será un problema y dígale que tengan listo un laboratorio para cuando volvamos.